Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea,
21, 2020, pp. 41-72
e-ISSN: 2386-4745 | ISSN: 1579-3311

La historia que planteaba José Deleito en el aula (Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, curso 1935-36)

History as presented by José Deleito in the lecture room (Faculty of Humanities inValencia, academic year 1935-36)

José María Gómez Herráez
Universitat Jaume I
jmgomez@uji.es
https://orcid.org/0000-0002-3067-2137

Recibido: 5-2-2020
Aceptado: 7-5-2020

Cómo citar este artículo / Citation: GÓMEZ HERRÁEZ, José María (2020). La historia que planteaba José Deleito en el aula (Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, curso 1935-1936). *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 21, pp. 41-72, https://doi.org/1014198/PASADO2020.21.02

Resumen

José Deleito expresó su concepción de la Historia a través de trabajos académicos y periodísticos. Los apuntes tomados en sus clases por uno de sus alumnos, Vicente Hervás Roselló, en 1935-36 permiten enriquecer el conocimiento de esa visión. Para contextualizar mejor esos contenidos, se considera previamente la trayectoria profesional de historiador, sus trabajos escritos, y el marco universitario en que actuó. En este análisis ha interesado especialmente observar el modo en que el contexto nacional e internacional se proyecta sobre sus reflexiones en el aula.

Palabras clave: José Deleito; Segunda República; Historiografía; Enseñanza de la historia; Teoría de la historia.

Abstract

José Deleito expressed his notion of History in academic and journalistic works. The class notes taken by one of his students, Vicente Hervás Roselló, in 1935-36 allow for

enriching an approach to that vision. In order to better contextualise that content, the historian's professional trajectory, as well as his written work, and the university framework in which he acted are revised. Of particular interest for this analysis is observing the way in which both the national and international contexts ranspire his reflections in the lecture room.

Keywords: José Deleito; Second Republic; Historiography; History teaching; History theory.

En una de sus lecciones, José Deleito y Piñuela delimitaba extensamente el concepto de fuente histórica como «cualquier medio de cualquier clase que suministre alguna noticia del pasado». Como en otros aspectos, seguía al krausista Manuel Sales y Ferré para distinguir dos tipos: unas directas, las «pruebas», resultantes de observaciones personales, y otras indirectas, los «testimonios», procedentes de observaciones ajenas. Los apuntes tomados en sus clases durante parte del curso 1935-1936 por un alumno, Vicente Hervás Roselló, guardan gran valor en el primer sentido, por reflejar la variedad y el aplomo –con límites inevitables– en los temas expuestos por este profesor liberal en una coyuntura tan efervescente a nivel nacional e internacional. Aunque por su propia naturaleza reclama un tratamiento prudente, la excepcionalidad de este documento realza su interés en relación con la historiografía y la enseñanza de la historia durante la segunda república. Nuestro objetivo central es analizar la concepción de la historia que transmite y el modo como refleja el contexto social, político y cultural. Previamente, con apoyo bibliográfico y archivístico, trazaremos la trayectoria del emisor del mensaje y comentaremos algunos aspectos sobre los apuntes, el alumno y la asignatura.

José Deleito, estimulante, crítico y ecuánime

Son varias las perspectivas que se han entrecruzado al valorar a este historiador originario de Madrid, con ascendientes de Toledo y Salamanca, afincado en Valencia y ciudadano del mundo si se quiere subrayar, más que su periplo vital, las coordenadas de su reflexión. Su relativa marginación final lo convierte en exponente del destino tras 1939 de unas líneas liberales que, como las situadas ideológicamente más a la izquierda, no quedaron relegadas en el escenario español por una pugna neta de paradigmas, sino en función de la imposición dictatorial: al detectar una «ruptura de la tradición liberal», Pasamar (1991: 144-145) consideraba especialmente significativo su caso, con el de Ramón Carande. Tanto trabajos sobre aspectos distintos del ámbito universitario

valenciano[1] como otros de historiografía e historia de la educación[2] han contemplado especialmente sus reflexiones sobre enseñanza y su defensa de una historia interpretativa y diversificada frente a la meramente erudita y político-factual. Sus disquisiciones sobre la tristeza en la literatura contemporánea, que no desconectaba del desasosiego de su tiempo, han atraído a Sáez Martínez (2016). Tras su tesis sobre él (1989), una selección de escritos especialmente académicos y periodísticos por Gallardo Fernández (2005) confirma a Deleito como polígrafo que combinaba su fascinación ante tantos reclamos del entorno general con el compromiso ante tantos problemas. La biografía trazada por esta autora, la consulta directa de sus obras, su expediente personal en el Archivo de la Universidad de Valencia[3] y documentación del Archivo General de la Administración (Alcalá) nos permiten esbozar aquí su trayectoria profesional e intelectual para entender mejor después los contenidos y contrastes de sus clases.

Licenciado y doctorado en la Universidad de Madrid a fines del siglo XIX, José Deleito ingresó en la de Valencia tras aprobar en difíciles circunstancias en 1906 unas oposiciones a la cátedra de historia universal antigua y media,[4] a la que pronto sumaría por acumulación la referida a similares etapas sobre España. Antes había concurrido a otras plazas por el tejido universitario del país, incluyendo dos de Historia Moderna y Contemporánea en la misma facultad en que terminaría desarrollando su labor. Su actividad investigadora estuvo siempre ligada a estas dos últimas etapas y desvinculada, por tanto, de su especialización docente. Sin embargo, los apuntes a examinar, centrados en gran parte en teoría y metodología de la historia, contienen numerosos ejemplos y cuestiones referidos a todas las épocas. En particular, Deleito manifestaba interés en subrayar pervivencias del pasado –incluso del más remoto– hasta el siglo XX. Además, la observación de las líneas investigadoras ayuda a conocer al especialista que las cultiva y el contexto en que lo hace. De ahí que resulte oportuno observar aquí esa actividad. Tras su tesis leída en 1900, sobre el periodo de Felipe IV, comenzó estudiando la restauración absolutista al regresar Fernando VII y el exilio de afrancesados y liberales. Estos campos, que le hicieron salir «pensionado» al exterior, los desarrolla ligado al Centro

1. Mancebo (1994), Baldó (1997), Ruiz Torres (Ed.) (2000).
2. Pasamar (2000), Ladero (2012), Valls Montés (2018).
3. AUV, 1.350/9.
4. En AGA (caja 32/7.342) se conserva la documentación sobre esta oposición, con los ejercicios escritos de los cinco candidatos finalmente concurrentes (de 38 firmantes). Se realizaron seis pruebas, con sesiones también expositivas y dialécticas, en torno a un programa de 134 temas. Como la propia figura del catedrático, este sistema era muy distinto al actual.

de Estudios Históricos, bajo aliento de Rafael Altamira. Más tarde volvería a indagar sobre la época en que comenzó como doctorando, interesado en la vida cotidiana de distintos segmentos sociales. En 1928 publicó *El declinar de la monarquía* para trazar el contexto para tales temas, aunque antes ya les había dedicado algunos artículos y conferencias.

Durante el periodo republicano Deleito manifiesta gran actividad investigadora. Por un lado, pretendió retomar el proyecto que titulaba «La emigración política bajo Fernando VII, con preferencia de 1812 a 1820».[5] En 1934 apareció su colaboración sobre cultura contemporánea en *Historia universal* del Instituto Gallach, que confirma su amplitud intelectual. De 1935, año inicial del curso de nuestro interés, data el libro que marcaría su anunciada pauta, *El rey se divierte*. Bajo este título, tomado de una obra teatral de Victor Hugo, Deleito se adentraba en el estilo ostentoso de vida de Felipe IV y su corte. Su retirada definitiva de la docencia tras la guerra, tras un proceso de depuración sólo parcialmente revisado en 1941, lo indujo a concentrarse en esta línea sobre el siglo XVII. Espasa-Calpe editaría y reeditaría sus sucesivos títulos (sobre vida cotidiana del «pueblo», religiosidad, la mujer, «la mala vida», Madrid…). En los prefacios de estas obras marcadamente comerciales, Deleito pregona su carácter científico y su alejamiento de la pujante novela histórica, su apego a las fuentes, su nula concesión a la imaginación, su conexión con otras parcelas del análisis histórico y su seguimiento de unas líneas académicas. Se trataba de cuestiones que en el marco dictatorial no despertaban gran recelo más allá de leves suspicacias iniciales de carácter moral o católico, como al abordar la prostitución o la vida religiosa (Gallardo Fernández, 2005: 44-45). Su enfoque de la «decadencia» en ese siglo, además, no contemplaba las relaciones y contradicciones sociales (Baldó, 1997: 72). Se trataba, en definitiva, de temas y ángulos menos «arriesgados» tras 1939 que su líneas sobre el primer tercio del siglo XIX.

Si profundizamos, podemos plantearnos algunos interrogantes: ¿supuso verdaderamente la publicación de *El rey se divierte* una inflexión en su trayectoria investigadora, sobrealimentada después por su marginación de la docencia? ¿Qué factores propiciaron en conjunto esa decantación? Resaltamos que el carácter definitivo y prácticamente exclusivo de esa orientación se produce tras 1939. Antes, en 1936, en un libro de homenaje a Altamira, publicó aún un trabajo alusivo a un afrancesado, «Menéndez Valdés en Montepellier: una casa de historia». En apoyo a la causa republicana, en 1937 presentó un artículo en

5. En AGA (caja 54/11.144) figura correspondencia sobre sus gestiones en 1933 para acceder a archivos en Roma y París con este proyecto, al prolongar una ayuda de la Junta de Ampliación de Estudios antes interrumpida.

Anales de la Universidad de Valencia, como transcripción de un cursillo, donde asimilaba el golpe militar de 1936 y el decreto de 1814 en que «el rey felón» abolía la Constitución de 1812. Esta misma equiparación ya en agosto de 1936 en *El Mercantil Valenciano* figuró entre las acusaciones en su depuración (Gallardo Fernández, 2005: 40).

Su proyecto sobre el siglo XVII pudo estar favorecido por distintos factores personales y contextuales. De la misma manera que a tantos lectores les mueve un afán de evasión, en el autor también puede subyacer cierto sentido de huida o búsqueda compensatoria, aunque ello resulta imponderable e indisociable del impulso profesional y del estímulo externo. Lo inequívoco es que Deleito, con más o menos sensación de refugio, experimentaba la emoción del pasado. Lo reflejan bien sus artículos de prensa, no sólo de temas pretéritos, sino también actuales, poblados de alusiones históricas. En una lección, cuando hablaba del valor social de la historia, primaba su sentido práctico y educativo, pero también advertía que la neblina del tiempo hacía, incluso, que las cosas más vulgares del presente pudieran cobrar interés y emoción; de ahí, agregaba, que el pasado fuera fuente constante de inspiración para artistas y escritores. También atribuía a la historia un valor espiritual que acaso, verdaderamente, resultaba tanto más necesario en quienes, como él, no comulgaban con la tradición católica y observaban los embates de una época de «crisis» en tantos sentidos.

En realidad, su interés en los aspectos cotidianos, protocolarios y festivos había aflorado pronto, por razones de oportunidad: ya suponen un espacio significativo en el trabajo sobre el regreso de Fernando VII que debatió en 1911 en el seminario de Altamira en el Centro de Estudios Históricos. Él habría de declarar que ya entonces topó, para decepción suya, con una abundancia de documentación sobre estas cuestiones que contrastaba con la parquedad para otras más trascendentes a nivel social y político. Otro factor de su elección, no por circunstancial menos decisivo, es el que evocaba en su homenaje de 1950 en *Saitabi* Álvarez Rubiano: su residencia en Valencia le dificultaba la consulta de documentos en archivos madrileños, pero podía utilizar obras literarias del Siglo de Oro. Los temas de «mentalidades», por otro lado, habían alcanzado cierto desarrollo general. En 1929 había nacido la revista francesa *Annales* bajo el impulso de Lucien Febvre (de 1911 data su *Felipe II y el Franco Condado*) y de Marc Bloch (autor de *Los reyes taumaturgos* en 1924). En 1919 había aparecido otro texto tan emblemático como *El otoño de la Edad Media*, de Johan Huizinga. Del calado de este último autor en España, sobre todo en las corrientes más esencialistas, dan idea su presencia constante en *Revista de*

Occidente y su paso por la universidad de verano de Santander en julio de 1934 para impartir cuatro conferencias.

El proyecto de Deleito enlazaba con varias pautas seguidas en España. Él mismo, en su artículo sobre historiografía española desde 1900 en *Revue de Synthèse Historique* (1930), resaltaba el interés en la edad moderna y en biografías que atraían al público con su factura literaria y sus anécdotas. Citaba, de Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII* (1928). En 1929, Diego San José publicó un libro de espectro similar al que inició su serie: *La corte del rey galán. Breviario histórico-anecdótico del reinado de Felipe IV*. Durante la segunda república se produjo una eclosión de biografías[6] y secuencias biográficas que incluía a reyes, reinas, validos y personajes políticos diversos. Además, no decayó la tónica de combinar historia factual y aspectos biográficos de esa minoría rectora. La relativa extensión de la lectura, repetidamente constatada,[7] empujó ese interés, pero también lo hizo la pugna ideológica entre quienes, en respaldo del nuevo régimen, cuestionaban la fórmula monárquica y quienes, en el polo opuesto, deseaban su restauración. En este sentido, el libro de Deleito forma parte de esa bibliografía crítica y variada donde caben obras como la de Ciges Aparicio, *España bajo la dinastía de los Borbones*, tan difundida en los lotes cedidos a bibliotecas locales; la biografía de Pedro de Répide sobre Isabel II, rica en secuencias ceremoniales, y las más corrosivas y vituperantes sobre las familias reales de los Gonzalo de Reparaz, padre e hijo. En otra línea, muy afincada desde el siglo XIX, figuraba el estudio de la decadencia española, con más atención sobre las políticas y gastos dinásticos de los Austrias que sobre factores económicos y sociales generales.[8] Del año siguiente a *El rey se divierte* es la biografía de Gregorio Marañón sobre el conde-duque de Olivares, con inclinación también sobre problemas financieros y directrices centralistas.

En el plano docente, Deleito se manifestó decidido defensor de la innovación tanto en contenidos como en métodos. En su conferencia de apertura del curso 1918-19 en la Universidad de Valencia propugnaba un modelo activo que trascendiera de las lecciones magistrales y del estudio memorístico al uso de recursos bibliográficos, gráficos y prácticos. Museos, archivos y excursiones son para él vías fundamentales, no meramente complementarias, en una

6. Rodríguez Fischer (1991), Davis y Burdiel (2005: 24), Cáliz (2014).
7. Entre otros, Tuñón de Lara (1982), Escolar (1987), Santonja (1989), Martínez Rus (2003).
8. Todavía en 1967, en «Los gastos de corte en la España del siglo XVII», Domínguez Ortiz planteaba el dilema de primar en las dificultades del país el despilfarro ostentoso de la corte o la política belicista por intereses dinásticos. En una reflexión historiográfica ya reciente sobre «las bases demográficas, económicas y sociales del Imperio», Rey Castelao (2010) diluye esos puntos entre otros de índole económica.

formación histórica que debía incluir la capacidad investigadora. Como las ciencias naturales, la historia debía basarse en la observación directa. En línea con lo exigido a él en su oposición, inducía también a confeccionar mapas por diversos conceptos y a manejar textos antiguos y modernos. El influjo del krausismo y de la Institución Libre de Enseñanza, especialmente mediante Sales y Ferré y Altamira, se hace evidente. Como éste último a fines del siglo XIX en *La enseñanza en España*, Deleito seguía denunciando en 1918 las fuertes limitaciones materiales y organizativas para aplicar innovaciones. En otros escritos defendió asimismo métodos activos, adecuados a cada edad, en niveles inferiores (Gallardo Fernández, 1989: 365-368).

Sobre su actitud en el aula, alimentan su imagen como profesor íntegro, respetuoso y estimulante los testimonios del homenaje por su jubilación definitiva en *Saitabi* (1950). Aunque pueda considerarse excesivamente «puro» el retrato resultante, todo apunta a un gran arraigo de virtudes morales en él. Julián San Valero manifestaba que, si bien sus ideas y su estilo despertaban tanto aceptación como crítica, existía unanimidad y asombro ante su ecuanimidad, a prueba de halagos, coacciones e injusticias recibidas. Para este ex-alumno, no resultaba concebible que pudiera seguir una actitud similar fuera del aula. De otra impresión común informa efusivamente Alberto Sánchez: «Las civilizaciones antiguas, revitalizadas ante nosotros, actualizaban sus mensajes por gracia taumatúrgica del verbo magistral». Manuel Ferrandis celebraba de sus clases el comentario de fuentes, bibliografía, cuestiones críticas y detección de puntos centrales.

Entrevistado por Gallardo Fernández (2005: 31), San Valero también reproducía una confesión de Deleito que lo revela vislumbrando al alumnado como interlocutor válido para comunicarle emociones personales por alabanzas e intemperancias recibidas: «Con motivo de estas cosas que yo publiqué en cierta ocasión, recibí muchos elogios que creo inmerecidos y algunos varapalos que desprecio profundamente». El aula podía servirle de relativa válvula de escape en un marco donde las profundas fricciones ideológicas debían acentuar los riesgos de críticas destructivas o llanos ataques *ad hominem* a que abocan rivalidades grupales y actitudes egocéntricas dentro de las comunidades científicas. Incluso aquí él manifestó una camaradería y lealtad inusuales que evocaba Luis Pericot en el homenaje de 1950 y testifica su sólida relación con Juan de Contreras, autor de una obra tan inconmensurable ideológicamente con las suyas como *Los orígenes del Imperio. La España de Fernando e Isabel* (1939).

Deleito no desempeñó cargos públicos, pero abordó varios temas políticos en prensa. Por otro lado, aunque no fue miembro, siguió las pautas liberales y reformistas de la Institución Libre, cuya base social, como recordaba Tuñón

de Lara (1982: 74-75), no dejaba de ser burguesa. El sentido regenerador que, a través de la enseñanza, preconizaba este grupo encuentra un exponente en él, que mantuvo una actitud crítica con el sistema educativo, participó en los proyectos de reforma universitaria, intervino en tareas de extensión cultural y, durante la guerra, siguió colaborando bajo las nuevas directrices que adquirió la Universidad de Valencia. Además de asignarle un sentido social, dentro de una tónica bastante compartida,[9] Deleito confiaba en la educación para dar consistencia al nuevo sistema republicano. El estudio inicial del golpe de Fernando VII le había revelado gran apoyo popular al absolutismo y, para él, la dificultad permanente para asentar valores democráticos debía combatirse desde la raíz en las aulas. Pero, de forma perentoria, como advirtieron también algunos participantes en las Misiones Pedagógicas (Jiménez-Landi, 1996: 311-312), consideraba necesarias reformas socioeconómicas inmediatas que permitieran garantizar la subsistencia y el rendimiento intelectual. Cuando en una colaboración periodística temprana se mostró favorable al derecho de huelga, Deleito recordaba a los patronos que las concesiones laborales eran necesarias para su propia supervivencia, dada la imposibilidad de los trabajadores de soportar algunas situaciones. Aunque siempre conservaría esas percepciones sociales, a la vez, siguiendo un recurso lingüístico entonces común ante actitudes masivas no deseadas, convertía al «pueblo» en «populacho» al observar movimientos sociales exaltados. Mediante su desconfianza hacia las vertientes más rupturistas del obrerismo, como al clamar contra el peligro fascista, Deleito se colocaba en la línea que, con variedad de matices, asumieron tantos intelectuales favorables al sistema republicano (Aubert, 1987 y 2000).

El material de base: unos apuntes correctos y unos temas especialmente significativos

Nuestra fuente central la conforman cuatro cuadernos de apuntes de 80 páginas de 21,5 por 15,5 cm., referidos a la primera parte de un temario cuya dimensión y composición total desconocemos. Al frente de cada libreta se indica *Historia universal. Edad Antigua*, asignatura de segundo de Filosofía y Letras. En el reverso de la primera portada, el estudiante, Vicente Hervás Roselló, aclara: «Apuntes tomados en clase y explicados por D. José Deleito durante el curso 1935-1936». La composición del texto resulta correcta y fluida, con gran escrupulosidad en signos de puntuación, sin huecos (salvo en algún pasaje final más precipitado) ni errores (salvo en algunos nombres propios en lenguas no

9. Del Pozo (2008), Cruz (2009).

españolas). La claridad de la letra encaja con la dedicación del padre, maestro, a la elaboración y publicación de trabajos de caligrafía.

De forma ocasional, el alumno agregaba alguna indicación o dibujo que podían tener carácter humorístico o venir instigados por alguna idea de las lecciones. El esbozo de unos símbolos políticos hermanados en una página del primer cuaderno delata, además de su exaltación juvenil en una época de gran fractura, su distancia ideológica respecto al profesor. Cuando en la lección sexta copia que la Sociedad de Naciones es un ensayo de superestado cuya eficacia resulta aún una incógnita, él agrega su impresión concluyente: «Nula». Todo hace concebir a Vicente Hervás Roselló como componente de la nutrida porción estudiantil católica que San Valero en distintas ocasiones, incluyendo alguna alocución periodística,[10] consideraba nunca increpada por Deleito. El vínculo religioso de su familia queda reflejado en la campaña de beatificación sobre su padre, Vicente Hervás Vallés, presidente de la Asociación Católica de Maestros de Valencia durante 1947-67. También una hermana dirigió la agrupación equivalente femenina. Esta adhesión familiar explica que los cuadernos, concernientes a unas lecciones de un profesor liberal de izquierdas, laico, aparecieran en un mar de papeles pedagógicos y escolares seguidores del ideal nacional-católico, en combinación con el nacional-sindicalista, del primer franquismo. También esa pauta religiosa ha permitido conservar un leve recuerdo público del autor de los apuntes.[11]

Según la información disponible en la Universidad de Valencia,[12] en el curso 1935-36 se inscribieron en historia antigua universal 31 hombres y 19 mujeres. En las notas finales, aparecen 16 aprobados, 10 notables, un sobresaliente y cinco matrículas de honor, junto a 18 en blanco por suspender o no presentarse. Desde la reforma universitaria de García Alix en 1900, que centró los estudios de Filosofía y Letras de Valencia en la sección de Historia, habían figurado asignaturas que reunían antigüedad y medievo. Es a partir del curso 1931-32 cuando se estudian separadamente ambas etapas, sin tal segmentación en *Historia antigua y media de España*. Similar división se produjo, aquí tanto en universal como de España, para las edades moderna y contemporánea. Tras la experiencia del plan Callejo durante la dictadura primorriverista, bajo la

10. Conservada en AUV, expediente sobre José Deleito.
11. En la revista parroquial de L'Alcudia, n.º 38 (abril 2012), figura una colaboración de David Calatayud, «D. Vicente Hervás, un maestro católico hacia la santidad», donde hemos hallado la única referencia narrativa sobre el primogénito homónimo del venerado: «El mayor fue Vicente, que falleció con 20 años durante la guerra de fiebres muy altas».
12. AUV, 2.659. «Facultad de Filosofía y Letras. Matrícula con notas, 1928-36».

segunda república se adoptaron fórmulas muy innovadoras en organización y evaluación sólo en Filosofía y Letras de Madrid y Barcelona, aunque los cambios sucesivos en el plantel de asignaturas en Valencia, sobre todo optativas, también denotan, al menos, cierta tentativa experimental. Aparte de las materias instrumentales ya incorporadas (Numismática y Epigrafía, Paleografía, Arqueología), durante 1931-32 se impartió *Historia de la civilización en el mundo antiguo*. En 1935-36 figuró *Historia general (evolución política del mundo antiguo)*, a la vez que en *Historia de la cultura* se aclaraba entre paréntesis «*la antigüedad*». Tras estos perfiles puede advertirse la presencia de Deleito, como también en algunas asignaturas durante la guerra, bajo marcada reorientación hacia conclusión de estudios y extensión cultural.[13]

El interés de nuestra fuente para auscultar la concepción de la historia transmitida por Deleito en lo que constituyó su último curso típico se intuye con observar el índice de epígrafes y las páginas ocupadas por cada lección. Con tal información sobre las seis primeras, de teoría y metodología, incluimos en el siguiente cuadro también la relativa a las lecciones 11 y 15, de los bloques sobre prehistoria y Egipto, por su valor representativo a la hora de concretar las modalidades explicativas de Deleito en temas ya propiamente históricos:

LECCIÓN 1.ª (cuaderno 1, pp. 1-41): El hecho humano. La vida social. La evolución. Cuestión sobre el progreso histórico. La historia: su definición. Su antiguo carácter. Su renovación moderna. Su contenido actual. Sus clasificaciones. Su división cronológica.
LECCIÓN 2.ª (cuaderno 1, pp. 41-80, y cuaderno 2, pp. 1-7): Importancia cultural de la historia. Su valor educativo. El problema de la historia como factor patriótico. La investigación histórica. La erudición. Importancia de la síntesis en la historia. La historia como ciencia. La historia como arte.
LECCIÓN 3.ª (cuaderno 2, pp. 8-41): Concepto y enumeración de las ciencias auxiliares. Las ciencias naturales. Las ciencias humanas. La cronología: eras. Geografía: el medio físico y la doctrina del fatalismo. Influencias astronómicas y meteorológicas. Influencias físicas. Influencias zoológicas y botánicas. Reacción del hombre contra el influjo del medio geográfico.
LECCIÓN 4.ª (cuaderno 2, pp. 41-69): Concepto e importancia de las fuentes históricas. Su clasificación. Diferencias entre la prueba y el testimonio. Tradición. Narración. Monumento. Vestigios arqueológicos.

13. En el curso 1937-38, Deleito impartió *Introducción a la historia, Historia antigua y media* e *Historia moderna de España con los estudios sobre la vida privada en el siglo XVII*. Antes aludíamos a su cursillo sobre el decreto absolutista de 1814.

LECCIÓN 5.ª (cuaderno 2, pp. 69-80, y cuaderno 3, pp. 1-21): Importancia histórica de la literatura. Principales géneros literarios que son fuentes para la historia. El folklore y sus clases. Desarrollo y utilidad científica de los estudios folklóricos. Importancia que tienen para la historia las leyendas. Formación de las mismas. Sus principales causas generadoras.
LECCIÓN 6.ª (cuaderno 3, pp. 22-46): El sujeto de la historia. Sociedades humanas. Nuevo concepto del agente histórico. Influencias políticas y científicas que han contribuido a renovarla. El medio social y el individuo en la historia. Teorías modernas sobre este punto.
LECCIÓN 11.ª (cuaderno 4, pp. 24-42): Época de los Metales. Caracteres de esta época. La edad del Bronce. La cultura en este tiempo. Las dos edades del Hierro. Desarrollo de la industria siderúrgica y civilización que la acompaña.
LECCIÓN 15.ª (cuaderno 4, pp. 62-77): La XVIII dinastía: su política. Las conquistas de Tutmés III y sus sucesores. El florecimiento de Egipto bajo la XIX dinastía. Ramsés II ante la crítica histórica. Decadencia de Egipto. Las dominaciones extranjeras. La dodegarquía – Renacimiento egipcio bajo los saítas – Fin de la independencia del país.

Los epígrafes de estas primeras lecciones de Deleito sugieren un programa más exhaustivo que el demandado en su oposición casi treinta años antes, aunque entonces figuraban unidas historia antigua y medieval. De los 134 temas exigidos en aquellas pruebas, los diez primeros, de carácter teórico, se concentraban en ciencias auxiliares de la historia, fuentes y división cronológica. Prehistoria, Egipto y Próximo Oriente sumaban 22; Grecia, 19, y Roma, 29. En tal temario oficial y en el desarrollado ahora personalmente por Deleito aparecía una combinación bastante similar entre apartados de historia político-bélica («externa») y de «civilización» («interna»). Esto denota tanto el arraigo ya en el cambio de siglo del segundo tipo de contenidos (sobre todo, culturales, religiosos e institucionales) como la larga persistencia después de los primeros.

Las seis lecciones teóricas de Deleito ocupan dos cuadernos y más de la mitad del tercero. El resto de los cuatro corresponde a prehistoria, Egipto y el inicio de un tema sobre Mesopotamia. Aunque en el curso 1931-32 se incorporó en Filosofía y Letras de Valencia una asignatura sobre prehistoria, después dejó de aparecer, lo que justifica la presencia de cinco lecciones con estos contenidos.[14] Es de lamentar que no figuren los cuadernos siguientes al

14. En sus evocaciones en *Saitabi*, San Valero afirmaba que Deleito no explicaba prehistoria, sino que confió tales clases a un ayudante de prácticas que, durante cuatro meses, desempeñó bajo su dirección la cátedra de *Historia de la cultura en el mundo antiguo*. Tal situación debe corresponder a la optativa que, según los datos de matrícula, este

cuarto, cuyos temas sobre Grecia y Roma podrían abarcar contenidos tan sugerentes en el contexto republicano como la democracia ateniense, la evolución de la república romana y las reformas agrarias de los Gracos. En todo caso, pese a que ahora la asignatura abarcaba sólo la edad antigua, es muy probable que Deleito prosiguiera en la tónica que revelaba en 1918, en su conferencia inaugural, de no poder explicar íntegros los programas. Tal limitación quedaba relacionada por él, entonces, con los bajos conocimientos de partida del alumnado y la amplitud de contenidos, creciente por la incorporación de temas de civilización y por la intensificación investigadora. Pero también cabe considerar, como testifican estos apuntes, el grado de exhaustividad con que él confeccionaba las lecciones.

Sobre las cualidades de temple, ecuanimidad, estímulo, tolerancia y otras evocadas por quienes trataron a Deleito y asistieron a sus clases, sólo algunas secuencias de los apuntes pueden resultar elocuentes o aportar señales. A partir de algunos contenidos pueden emitirse impresiones o alineamientos con tales juicios, pero no es posible corroborar plenamente algunos rasgos que, por lo demás, son de apreciación tan subjetiva y se prestan a tantas posibilidades, razones de ser, contradicciones y giros en situaciones también cambiantes. Por otra parte, en este material de clase actúa un intermediario, el alumno, dispuesto –«programado» de algún modo– a seleccionar y acotar determinadas ideas de las expuestas mediante procedimientos concretos. Las pautas de estandarización actúan, pues, a un doble nivel, en el profesor y en el estudiante, y ello limita necesariamente la emersión de los criterios y actitudes personales del primero o los reconduce hasta poder desvirtuarlos en su expresión. No alejado de lo anterior, existe otro factor influyente, el contexto de cada sesión en el aula, que tampoco puede asomar nítido en la fuente, dado que ni siquiera el mayor o menor esmero en la elaboración de los apuntes ni la plasmación de distracciones por el alumno reflejan unívocamente ese clima. El documento, relativo sólo a lecciones magistrales, tampoco permite vislumbrar en qué grado Deleito usaba técnicas y complementos didácticos como los que propugnaba en su discurso inaugural de 1918. Sí confirma, precisamente, la importancia que seguía ofreciendo a las explicaciones de teoría de la historia, que en aquella fecha presentaba como parte más sustantiva de lo que debía ser la intervención del profesor. Por su alumno San Valero, sabemos también que, al menos en

informante realizó en 1931-32, pero nada hace suponer que en la asignatura general de 1935-36 se diera una sustitución similar. Aun con su singularidad y al margen de las fuentes usadas, estos temas muestran marcadas coincidencias con los restantes en estilo y conceptos.

alguna optativa menos concurrida de esos años, utilizaba a fondo el método interrogatorio.

Contenidos básicos. ¿Qué historia y con qué objetivos?

Para contextualizar e interpretar los contenidos de los temas, no seguiremos su orden expositivo, sino que combinaremos sus ideas esenciales a partir de proposiciones encadenadas cuyo enunciado extraemos de frases aisladas de los apuntes:

1. «Puede decirse que la historia es una de las ciencias que más radicalmente ha mudado su carácter en los últimos tiempos»

La historia que Deleito delimitaba en sus clases de 1935-36 dejaba amplia cabida a acontecimientos y personajes, pero enfatizaba más los aspectos de civilización que venían planteándose desde el siglo XIX en consonancia con la exaltación del progreso en la sociedad burguesa que fue consolidándose. Durante el primer tercio del XX ya se encontraba muy afincada esta vertiente tan heterogénea de la historia, contemplada en el plan de García Alix de 1900 y especialmente difundida en España por Rafael Altamira.[15] El título de varios libros –como de algunas asignaturas– incorporaba ese concepto de «civilización», sin que siempre quedara claro en qué medida, tras la portada, los contenidos verdaderamente fueran a responder al ofrecimiento. De hecho, lejos de Altamira en su conocida *Historia de España y de la civilización española* o en su *Manual de historia de España* (1934), algunos de esos textos no pasaban de resolver con pequeños agregados, a veces meramente enumerativos y nada integrados entre sí, el tratamiento de algunos de esos campos, a modo de exigencia en un expediente que completar o como reclamo propagandístico. Un ejemplo es la obra adaptada del inglés por Herrero Miguel bajo el título aquí injustificado *Historia de la civilización*, publicado por la editorial Ramón Sopena. Incluso los manuales de primaria solían incluir ya temas de civilización, pero también como pequeños compartimentos estancos, salvo excepciones como los de González Linacero ya en el periodo republicano.

Para Deleito, el siglo XVIII marca el cambio fundamental en la concepción de la historia por la importancia de la razón para ponerlo todo en duda. Al tratar de subrayar la cientificidad de la especialidad que entonces comenzó a configurarse, entraba en el aún hoy inconcluso debate en torno a la presencia

15. Varios autores en Alberola (Ed.) (1987), Asín (1997), Gómez Herráez (2007: 146-156), Mainer (2009: 761-763), Duarte (2015: 61).

del subjetivismo y la retórica en el historiador. Él no advierte una supresión total de esos rasgos a partir del siglo ilustrado, pero sí una atenuación notable que condujo a una situación verdaderamente nueva. Juzga que, aunque es difícil superar el apasionamiento religioso o político para examinar de forma distante los hechos, en muchos casos historiadores de distintas ideologías y escuelas han llegado a amplias coincidencias. Por otra parte, aunque considera característica la búsqueda de elocuencia, estima alejado ese interés del mero artificio artístico a que, junto a la intención de expresar la opinión personal, sin desentrañar cosas nuevas, quedaba antes reducida la contemplación del pasado. No entramos aquí en el debate sobre las posibilidades de superar el subjetivismo y la retórica, por lo demás también planteado para las demás ciencias sociales y las naturales; lo significativo es que Deleito venía a reflejar, más que una transformación, la conformación de una especialidad nueva donde el recurso a nuevos instrumentos, la variedad de objetivos temáticos, la superación de la mera elucubración abstracta, el alejamiento de los aspectos legendarios y sobrenaturales y la actitud crítica conferían un significado mayor al tratamiento del pasado. La historia se convertía ahora en archivo de experiencias que tienen un valor en la formación ciudadana y en el sentido ciceroniano de ser *magistra vitae*, aspecto que en cualquier caso matizaba. Al esbozar este proceso de consolidación, Deleito traía a colación reflexiones de estimadas autoridades (Voltaire, Guizot, Buckle, Macaulay, Cantú, Seignobos).

En esa evolución, la historia dejó de constituir una acumulación mecánica de datos para cobrar importancia la síntesis interpretativa. De la identificación de Deleito con esta línea, una vez alejada de sus manifestaciones más superficiales y ampulosas del siglo XIX, deja constancia firme en su artículo sobre historiografía española en *Revue de Synthèse Historique*: tras considerar a Altamira como máximo impulsor de esta corriente en España, lo reconocía como su «maestro». Es necesaria la recopilación de información, plantea también ante los alumnos, pero el trabajo del historiador no termina ahí, porque los hechos en sí no tienen valor si no quedan sometidos a procesos de selección y de interrelación que permiten observar su significado para la sociedad. Alude especialmente a los planteamientos de Lamprecht en Alemania y de Henri Berr en Francia. Aunque celebraba esta orientación interpretativa y generalista como enriquecedora –no literalmente sustitutiva– de la captación de datos, también se mostraba cauto ante un desarrollo exacerbado que condujera, como en Italia bajo el fascismo, a una identificación entre historia y filosofía de la historia.

Si, tras estas consideraciones teóricas, pasamos a los contenidos de sus lecciones sobre prehistoria y Egipto, observamos dos bloques distintos, con mayor inmersión en aspectos de «civilización» en el primero. Deleito recordaba

que no siempre resultaba posible, por falta de medios, trascender de la historia externa, de guerras y personajes, a la más diversificada que representaba la interna. Muchos especialistas –aludía al ejemplo de Italia– no podían confeccionar una historia completa. En realidad, la investigación en varias parcelas, con metodologías que la facilitaran, resultaba todavía débil también en España. Los aspectos culturales, artísticos e institucionales habían logrado cierto desarrollo académico, pero en historia social habían sido mayores las innovaciones fuera de este medio, como el estudio de Díaz del Moral sobre conflictividad jornalera en Córdoba (1929).[16] En tareas de difusión, algunas editoriales privadas y organizaciones obreras, sobre todo de inspiración anarquista, dedicaron colecciones de folletos y secciones de revistas a los movimientos sociales. Es el caso de la serie *Historia universal del proletariado*, aparecida en los años veinte en Barcelona, y de algunas colaboraciones en las publicaciones valencianas *Orto* (1932-1934) y *Cuadernos de Cultura* (Navarro, 2004: 239-240). No mucho más boyante era la situación en historia económica. En el medio académico se habían publicado algunas monografías muy volcadas a aspectos institucionales característicos de la escuela alemana (López Sánchez, 2006: 400-403). Es el caso de los estudios de Carande sobre Sevilla (1925), de García de Valdeavellano sobre el mercado medieval en León y Castilla (1932) y de Ots Capdequí sobre las instituciones económicas coloniales (1934). No falta algún minucioso manual estudiantil para carrera técnica (Pérez Urruti, *Historia del comercio mundial*, 1933) ni alguna investigación metódica fuera del marco universitario (Manuel Pugés, *Cómo triunfó el proteccionismo en España*, 1931).

En prehistoria, Deleito podía beber del rico avance fundamentado en restos arqueológicos. Como planteaba al amparo de la clasificación de Sales y Ferré, aquí la base del análisis eran sólo pruebas, en absoluto testimonios. Pero en la investigación también tenía fuerza una actitud típicamente erudita orientada a la descripción de restos y al acopio de datos, sin que siempre ello se proyectara sustantivamente en ideas interpretativas, como denotan varios artículos en *Anuarios del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos* (1934-1935). Las lecciones de Deleito no circulan por esa línea descriptiva. Además de algunas cuestiones metodológicas y de la evolución de los homínidos, su interés se centra en aspectos sociales, técnicos y culturales desde el Paleolítico a los Metales (formas de vida, manifestaciones artísticas, indicios sobre creencias, avances técnicos, etc.). Lo hace, además, como en sus temas teóricos iniciales, considerando la variedad de planteamientos y debates a propósito de aspectos como la periodización seguida, la problemática

16. Pérez Garzón (1999: 339), Maurice (2010), Robledo (2019).

existencia del hombre terciario y el cuestionado paralelismo cronológico entre el arte rupestre franco-cantábrico y el levantino. Deleito evocaba el papel de Obermaier en la Universidad Central de Madrid y de Bosch Gimpera en la de Barcelona, aunque no entraba en sus posiciones en las polémicas suscitadas. Estos temas debían ser acogidos de forma muy desigual dentro de un alumnado tan heterogéneo que habría bebido previamente de manuales escolares muy distintos, desde los sustentados sólo ya en los hallazgos arqueológicos, como los confeccionados por Rafael Ballester, a los que seguían aferrados literalmente al creacionismo bíblico, como en la editorial FTD (Gómez Herráez, 2010: 372-375).

Sobre Egipto, las pautas de Deleito son distintas. La historia externa continúa siendo aquí predominante. Es la sucesión de dinastías lo que vertebra las dos lecciones que siguen a una inicial, breve, sobre las fuentes de estudio. Los contenidos contemplan el mandato de los principales faraones, las invasiones sufridas y las campañas imperiales. En su línea interpretativa, no se aleja de Ranke al tratar de detectar los niveles de esplendor, hegemonía o decadencia y vincularlos a las casas reinantes y a sus capacidades militares de expansión y resistencia. No todos los temas de civilización resultan relegados, puesto que también dedica cierto espacio a aspectos culturales, religiosos y artísticos, siempre atrayentes en la antigua civilización del Nilo. El esplendor arquitectónico y cultural aparece relacionado con aquellas posiciones de hegemonía militar, si bien también figuran faraones más «constructores» que belicistas. Estas líneas sobre Egipto coinciden bastante con las seguidas por José Pijoan en *Historia del mundo*, vol. 1, citada en los apuntes de Hervás Roselló al principio del tema sobre Mesopotamia.

2. «El principal sujeto de la historia es la colectividad, en sentido amplio toda la humanidad»

Al tratar de distinguir al protagonista de la historia, Deleito destaca la importancia del ser social, de las colectividades de personas y en última instancia de toda la humanidad, a la vez que asigna unos cometidos menos significativos a algunos prominentes personajes. Su explicación al respecto aparece imbuida de las ideas elitistas y evolucionistas difundidas en ciencias sociales desde las naturales (cuaderno 1, p. 4):

> Pero en la historia el individuo no lo es todo ni lo principal, juntamente hay que considerar la colectividad; además del hombre hay el ser social, formado por una agrupación de hombres bajo una jefatura, con un fin común; este ser colectivo nace, vive, se desarrolla y muere.

La preeminencia de estos protagonistas colectivos concuerda con la adquirida por la historia interna. Si la externa se fijaba en acontecimientos protagonizados por la minoría rectora político-militar, resultan más trascendentes los hechos realizados por la colectividad (cuaderno 3, p. 22):

> Revoluciones, guerras, corrientes de opinión, movimientos políticos, religiosos, económicos, científicos, literarios, artísticos, las costumbres, instituciones…, todo esto es obra de la masa humana que forma uno a uno a muchos pueblos.

Para Deleito, los aspectos colectivos son también necesarios para entender el perfil y el influjo de los «individuos extraordinarios», que no duda en llamar genios, pese al rechazo crítico con que en distintas ocasiones se enfrenta a algunos nombres así estimados. Estos personajes vienen a condensar inquietudes que se encuentran difundidas entre la masa social. Además, requieren apoyo general para ver realizada y continuada su actuación. Los ejemplos que expone, de distintos periodos, tienen en común el impulso de campañas de expansión militar (Alejandro Magno, César, Napoleón) o de nuevas corrientes religiosas (Buda, Lutero). En sus caracterizaciones, Alejandro Magno recoge lo militar y lo filosófico de los griegos; Napoleón une a su ambición personal el espíritu de la Revolución francesa; con Lutero estallan todas las discrepancias acumuladas en el seno de la cristiandad desde siglos antes. Esta contextualización esencialista de grandes nombres evoca los planteamientos de Dilthey (1978: 345-406), que relacionaba también a diversos personajes «eminentes» con los ideales de su tiempo. Del arraigo de ese esencialismo en España dan prueba varias intervenciones en las dos historias enciclopédicas promovidas por el Instituto Gallach y en la iniciada por Espasa-Calpe, como significativamente Luis Pericot y Menéndez Pidal en los prólogos correspondientes. Del segundo resulta también muy representativa *La España del Cid* (1929).

El papel histórico ofrecido por Deleito al sujeto colectivo tiene su correlato en la rotundidad con que preconiza el cultivo complementario de disciplinas como la antropología, la sociología, la psicología social y la geografía. Como en su conferencia inaugural de 1918 y en coincidencia con Altamira (Asín, 1985: 54-55, 68), ante los alumnos de 1935-36 recalca el significado de las dos últimas.[17] La psicología social permitía entender las pautas colectivas en costumbres, religión, supersticiones, leyendas y corrientes de opinión. Sobre los factores geográficos, emite ideas que, además de coincidir ampliamente

17. Ya en la dinámica actual de mayor fraccionamiento del conocimiento universitario, otro profesor posterior de la misma facultad sobre quien también caben los calificativos de «estimulante, crítico y ecuánime», ha resaltado asimismo el estrecho vínculo entre geografía e historia, aquí a partir de las conveniencias para la primera (Burriel, 2004: 66-67).

con las del historiador alicantino, evocan el cuasi-determinismo que en el marco de *Annales* sustentaría Braudel. Así, habla del aislamiento, de la mayor resistencia defensiva y del amor a la libertad en los grupos ubicados en zonas montañosas. En el reverso, serían mayores las posibilidades de prosperidad de los pueblos situados en el litoral y junto a ríos navegables, con mayor intensidad de contactos y asimilación de ideas externas. También relaciona el progreso con las condiciones que brinda el clima templado, mientras la existencia de una naturaleza imponente en las zonas cálidas y polares entraña mayor letargo. Una naturaleza grata, pero no abrumadora, como la de Grecia, hace surgir un sentimiento de la belleza que explica su desarrollo artístico en la antigüedad. En lo que supone una de sus escasas referencias en estas lecciones a la cuestión identitaria en España, el mayor fraccionamiento por razones de relieve vendría a impulsar mayores tendencias regionalistas, en concordancia con una mayor permanencia de costumbres y dialectos. Pero, tras aludir a estas y otras situaciones, viene a enlazar con la geografía posibilista de Vidal de la Blache al concluir que los seres humanos han sido cada vez más capaces de hacer frente a las imposiciones y limitaciones del medio a través del avance técnico y las obras públicas. Como ejemplos, cita el canal de Suez, el ferrocarril Transiberiano y el túnel del Simplón.

Bajo toda esta serie de nociones, Deleito ofrece leve presencia a las clases sociales en todo el espectro de temas más allá de la distinción genérica, para etapas anteriores al siglo XIX, entre sectores privilegiados y populares. No se trata de que prescinda de la existencia de clases, pero sus referencias resultan puntuales e indirectas, tangenciales a sus reflexiones más generales. Como en *El rey se divierte* y siguiendo un recurso muy arraigado bajo ideologías distintas, evoca repetidamente la categoría genérica del «pueblo», al lado del cual actuarían en el pasado la aristocracia, el clero y la monarquía. Para tiempos contemporáneos, sigue figurando en primer plano el pueblo y escasean más otros segmentos. A diferencia de algunas de sus intervenciones en prensa, las distinciones burguesía/proletariado y patronos/trabajadores no adquieren relieve en estas lecciones.

La ausencia o tímido asomo de las clases sociales sorprende especialmente en algunos apartados. En el titulado «sociedades humanas», distingue varios núcleos de cohesión de distinto nivel, desde la familia, la *gens*, la tribu y la asociación vecinal hasta las ciudades, las naciones y las formas de cooperación internacional, sin que tengan cabida las segmentaciones y relaciones entre clases sociales. Dentro de aquellas agrupaciones emergen de forma natural patriarcas, jefes, gobernantes o autoridades similares. Bajo esa línea argumental, el feudalismo, aunque valorado en términos negativos, aparece neta

y simplemente como otra forma de organización colaborativa contra un mal mayor, el desorden reinante. Al hablar en otro tema de las revoluciones, que suponen el contrapunto de aquellos modelos de cooperación e integración, tampoco las clases sociales adquieren sustantividad, ni siquiera presencia diferenciada: tales rupturas no constituyen meros estallidos de un momento concreto, sino que suponen «la exteriorización de una evolución previa» por la acumulación de disonancias en un tejido social global. Los factores de fondo y los precipitantes pueden ser diversos y contradictorios, pero existe siempre una concordancia básica entre dos aspectos: torpeza de los gobernantes y malestar de los gobernados. Cuando, en esas circunstancias, se propaga la perspectiva de un mundo mejor por darse a conocer las propuestas de algunos pensadores o la existencia de regímenes alternativos en otros países, se producen esas alteraciones que, por otra parte, pese a su concentración en el tiempo, representan el impulso inicial para unas transformaciones que sólo pueden llegar después de forma también evolutiva. Las clases sociales no aparecen en estos planteamientos, sino que lo hace una vez más el pueblo, como conglomerado social que promueve y recibe el cambio, a la vez que los gobernantes constituyen el agente interpelado tanto en la forma como en el fondo. Bajo esa línea elusiva de las tensiones de clase y fundamentada en el aliento popular a los cambios, el modo en que Deleito concluye estas ideas constituye un argumento implícito a favor del régimen republicano, cuyos frutos no podían esperarse como de cosecha regalada ni siempre inmediata. Aludía, como tanto acostumbraba, a la experiencia francesa (cuaderno 3, p. 36): «Los historiadores que han examinado Francia después de tener república nos hacen ver que muchas cosas de antes de la república se han transformado después de muchos años. En la vida de los pueblos las pequeñas fuerzas son las que todo lo transforman».

Si buscamos referencias directas o indirectas a las clases sociales más allá de las correspondientes a la triada «aristocracia, clero y pueblo», hallamos algunos casos aislados y apenas perfilados, sin criterios uniformes, pero variados y significativos. Más que como categorías analíticas relevantes, aparecen como una vertiente más de datos en ciertas secuencias, sin límites claramente definidos y sin plantear contradicción con aquella agrupación más socorrida del «pueblo». Veamos algunos de esos casos en su escueta dimensión. Cuando enfoca la división de la historia en cinco edades, que él juzga convencional y eurocéntrica pero conveniente para la comprensión histórica, señala que la Contemporánea supone, tras el desarrollo de revoluciones liberales que acaban con el absolutismo, «la reivindicación de las clases sociales». Al establecer que la observación del pasado resulta útil para profesionales como el político y el sociólogo, pone como ejemplos las relaciones entre el Estado y la Iglesia y «el

problema obrero». Al hablar del folklore, indica que «florece en los núcleos rurales y en las ciudades en las gentes de la última clase de la sociedad». Para sugerir cómo eran los hogares del neolítico, evoca las casas de «las capas más pobres de los países civilizados occidentales». Al valorar el papel de los géneros literarios como fuentes históricas, subraya el testimonio de los novelistas rusos sobre el envilecimiento y servidumbre de las masas, de donde surgirían soñadores anarquistas.

Al tratar la prehistoria y Egipto, tampoco hacen ostensible aparición las clases sociales más allá, en el segundo caso, de la distinción que cabe columbrar como fondo entre faraón, sacerdotes, funcionarios y pueblo. La «revolución» que en esta realidad histórica aparece es la siempre evocada de Amenhotep IV o Akenatón, planteada a partir de sus connotaciones religiosas y destructivas (templos de Amón), sin mención en estos apuntes de la constructiva (Tell el-Amarna). Es sólo en un apartado anterior, al hablar de la literatura del Imperio Antiguo, cuando figura una referencia a un campesinado egipcio que reflejó su descontento en una sátira, en coincidencia con otra contra los abusos de los funcionarios (cuaderno 4, p. 55): «Estas composiciones seguramente fueron hechas en tiempos de anarquía, en que los sacerdotes y el pueblo luchaban contra el poder divino de los faraones».

3. «La evolución es una ley que actúa siempre. Todo está en transformación, pero ¿podemos decir lo mismo del progreso?»

La historia, para Deleito, es también la especialidad que muestra el progreso humano a lo largo del tiempo. Cada generación supone un capital acumulado que después transmite a las siguientes. Eso es lo que da continuidad al desarrollo de la civilización, aunque el proceso no es lineal ni ininterrumpido en todos los pueblos: los hay que se estancan (alude al África negra y a la China imperial, que en el siglo XVII no sería superior al VI) e incluso retroceden (lo ve en los pueblos musulmanes). Pero tampoco en el mundo occidental cada etapa es necesariamente superior a la anterior: él participaba en la idea extendida de que la Edad Media representó un sensible retroceso y una reanudación de la barbarie frente a la antigüedad clásica, si bien no hasta destruir todo el legado. Tras esta concepción organicista, late de nuevo el eco de unas líneas biologicistas que, en combinación con las idealistas representadas por Dilthey, hallaron acogida en el periodo de entreguerras a través de tesis que hablaban de decadencias y apogeos de civilizaciones, como en Spengler, Toynbee y Alfred Weber (Gómez Herráez, 2007: 90-91). A ese auge de enfoques filosóficos y vitalistas que hacían abstracción de varios factores reales, como las clases sociales, pudieron contribuir dos elementos no ausentes en Deleito:

un desasosiego postbélico, que en casos como el suyo podía acentuarse ante el frenesí fascista, y unas pretensiones obreras muy marcadas, incluso revolucionarias. Sin embargo, este historiador distaba de identificarse con aquellas cosmovisiones marcadamente esencialistas: estas reflexiones en el aula sólo denotan un influjo.

Aunque en otros momentos se muestra cauteloso ante la filosofía de la historia, Deleito habla a los alumnos de tres enfoques básicos del progreso. Tras señalar la creencia en un avance indefinido y la alternativa de un proceso cíclico, con fases de auge y declive, se manifiesta partidario de una tercera línea, «la más moderna y en espiral» (cuaderno 1, p. 10): «se parte de un centro, se va elevando y a cierta altura desciende para elevarse más a continuación». Esta preferencia le hace contemplar algunas secuencias históricas como cataclismos revivificadores o hecatombes redentoras, como abatimientos fatales de los que siempre la sociedad se sobrepone como ave Fénix que obtiene impulso de su propio desfondamiento. Alude, en concreto, a tres situaciones, dos del pasado y la vivida. Roma habría supuesto una condensación de todas las civilizaciones que se vino abajo con las invasiones bárbaras, pero quedó latente la cultura y volvió a emerger en pleno medievo para alcanzar con el Renacimiento un nivel superior al propio esplendor inicial. También la Revolución francesa, que de forma inmediata representa una catástrofe teñida de sangre, seguida de otra «oleada de postrer locura» de la mano imperialista de Napoleón, conduce finalmente, una vez contenido el desvarío, a una nueva situación en que el mundo pasa a estar mejor. La observación de estos dos casos lleva a Deleito a plantear una feliz previsión de futuro en su incierta época, aunque su modelo evolutivo es inmanente e idealista, más basado en una especie de inefables leyes de bronce que en un análisis realista de unos y otros procesos, siempre contingentes e irrepetibles. Lo plantea en clase, en efecto, en términos sublimes muy parecidos a como ya lo había hecho a la altura de 1922 en un libro tan potencialmente sorprendente para el lector no avisado como seguramente catárquico para él, *El sentimiento de tristeza en la literatura contemporánea*, que había venido precedido de un discurso y un opúsculo. En tal ocasión, aún bajo el eco dramático de la guerra mundial y con temor de que se reanudara la violencia internacional, Deleito hablaba de mejoras consecuentes a toda crisis histórica a partir de la forja de nuevas realidades embrionarias, no siempre susceptibles de ser vislumbradas mientras acontecía el marasmo. Con similar determinismo idealista como base para la esperanza y sin que se hubiera disipado aquel clima de fondo, más agudo por el contrario tras el ascenso nazi, trece años después, en su primera lección de 1935-36, seguía afirmando lo siguiente (cuaderno 1, p. 11):

> Ahora nos encontramos ante crisis más grave que la Revolución francesa. ¿Debemos pensar que el mundo va hacia atrás? Si examinamos lo ocurrido en la historia, debemos pensar que no. La vida general de los hombres después del Imperio romano fue superior a la del Imperio. Nosotros, coetáneos del momento actual, no podemos ver el alcance de la crisis actual. Debemos esperar que lo que ocurra supere a lo anterior. Debemos recordar que Condorcet, a punto de caer injustamente en la guillotina, decía: «Voy a morir; Francia sufre una oleada de locura, pero el mundo ha progresado».

4. «La historia educa también la imaginación y el juicio»

Deleito recoge en sus clases la idea de que la historia estimula la memoria intelectual al transferir datos y sucesos para conocer y recordar, pero juzga muy estrecha una percepción basada sólo en ese aspecto. Por el contrario, además de asignarle un papel práctico para distintos profesionales y un valor espiritual por el propio efecto del tiempo, le atribuye un sentido educativo esencial. Al formar opinión sobre personajes, hechos y aspectos del pasado, el individuo ve estimulada su capacidad crítica frente a personajes, hechos y aspectos del presente. Mediante casos ejemplares, se curte el carácter y la voluntad. Deleito valora también su potencial para promover la tolerancia y combatir prejuicios. La historia educa la inteligencia para evitar dos tipos de escollos «terribles» y contrapuestos: por un lado, la aceptación de cualquier novedad como cosa definitiva; por otro, el peligro mayor de mostrar un dogmatismo cerrado contra todo cambio, un horror a lo nuevo que impide o dificulta las posibilidades de progreso. Este juicio se encuentra acorde con el que desarrolla sobre tradiciones e innovaciones: en principio, ni unas ni otras se deben rechazar o defender porque sí, sino en función de sus efectos y teniendo en cuenta que resulta posible su conciliación y combinación. Las tradiciones constituyen el legado de generaciones sucesivas y en algunos casos –leyendas, folklore– rinden gran valor para la historia, como expresión del pensamiento de las agrupaciones sociales donde se originaron, se difundieron y se conservaron con unas u otras características.

El lamento de Deleito sobre el misoneísmo, como también arguyó en prensa, no se relaciona con las innovaciones técnicas, sino, de forma más general, contra todo tipo de prejuicios religiosos, sociales, económicos… que suponen barreras a los cambios y calificación como utopías irrealizables de posibles sistemas en ciernes. Él no hace jugar papel directo a los intereses, de clase o de otro tipo, cuando considera que determinadas corrientes de opinión toparon con espíritus, a veces selectos, que las combatieron como temeridades hasta que, al ponerse de manifiesto su viabilidad, tuvieron que cambiar de criterio. Como ejemplos de doctrinas inicialmente repudiadas,

alude al cristianismo, al liberalismo, al socialismo reformista y al feminismo. Mientras algunos pasajes de los apuntes dejan advertir su rechazo de las propuestas sociales más rupturistas (comunismo ruso, anarquismo), Deleito se muestra satisfecho con la llegada al gobierno de partidos socialistas/laboristas en países como Francia, Bélgica, Inglaterra y España: «Pues bien, el socialismo era antes una utopía y hoy a nadie se le ocurre pensar [negar] que muchos principios socialistas se han impuesto». Lo mismo juzga del feminismo antes de cerrar sus reflexiones sobre la actitud general que debe seguir el historiador (cuaderno 1, p. 49):

> El que muchas señoritas vengan a los centros de enseñanza es una cosa nueva, ha nacido con la Gran Guerra; se creía que era una cosa utópica porque las mujeres no podían hacer lo que los hombres. En cierta ocasión tenía que nombrarse en el Ateneo de Madrid presidenta de la sección de Literatura a la novelista Pardo Bazán, pero por el hecho de ser una mujer fue rechazada para tal cargo. Durante la Gran Guerra en Francia se decretó la movilización general y las mujeres sustituyeron a los hombres en sus oficios. El historiador debe abrir su espíritu a todos los vientos y a todas las posibilidades. Esta posición tolerante es indispensable para el cultivo científico.

El sentido educativo de la historia también contemplaba para Deleito el desarrollo de una conciencia democrática, una vez más con la república francesa como referencia. Dos cuestiones, no obstante, son presentadas por él bajo reticencias que venían avaladas por la realidad y por el juicio de otros autores. Sobre el valor moralizante de esta especialidad se muestra cauto siguiendo a Ernest Lavisse, del que había traducido y adaptado una historia universal.[18] Para Deleito, no cabía ver el pasado como cantera de espectáculos morales donde, como en tantos dramas o películas, obtuviera premio el bien y fuera sancionado el mal. Lo contrario suele ser común (cuaderno 1, p. 50): «Vemos que en la historia triunfa la audacia y la inocencia es perseguida, las dificultades que los grandes hombres han tenido, que hombres viles han ocupado el poder, etc.». En esa dirección, la historia podía jugar un papel negativo: al mostrar los caminos insidiosos para triunfar, podía estimular comportamientos inmorales. Sin embargo, Deleito no se resigna a aceptar indefectiblemente esta posibilidad y, aunque en otra circunstancia cuestiona la existencia de un «tribunal de la historia» por encima de las realidades heterogéneas y cambiantes de la sociedad, aquí se congratula con la idea de una opinión resolutiva e inmarcesible

18. De este autor (Lavisse y otros, 1934: 54-55) es la siguiente afirmación: «No es verdad que los justos sean siempre recompensados ni los malos castigados siempre; desgraciadamente, la mentira y la violencia procuran a veces el éxito. No es verdad tampoco que el destino de los pueblos sea explicado y justificado únicamente por sus virtudes y por sus vicios: entran otros elementos en la fuerza y en la fortuna de una nación».

a largo plazo: «En primer término, si por el momento hay muchos malvados encumbrados en todas las épocas, a la larga de un modo automático sale a la luz quien obra bien y quien mal, a la larga hay ese fallo de la posteridad que sanciona a los grandes malvados de la historia».

El riesgo que Deleito apuntaba en el conocimiento histórico no tiene equivalente en sus consideraciones expresas sobre educación. Como contraste, el pedagogo ilicitano Tomás y Samper (1931: 25-26), pese a comulgar también con el «optimismo educativo» institucionista y republicano, evocaba teorías «fatalistas» como las de Spencer y Schopenhauer, que no contemplaban alteración posible en la dirección natural del individuo: para el segundo, «el malo, el egoísta, por la educación sólo se hace prudente e hipócrita, y el bueno no se echa a perder por los malos ejemplos y doctrinas».

Deleito también previene contra el uso de la historia en la inculcación de un patriotismo jactancioso, victimista y belicoso. Se alineaba así con la posición pacifista de la Sociedad de Naciones, enteramente suscrita por la conjunción republicano-socialista[19] e inspiradora de todo un nuevo formato para la enseñanza de la historia. A lo largo de sucesivos congresos y con el concurso de asociaciones creadas con ese fin, bajo el impulso global de Ginebra, fue ampliamente cuestionado el fomento en las escuelas de un espíritu patriótico con el que se relacionaban las imágenes de superioridad nacional, las sensaciones de agravio y las tendencias agresivas que habían desembocado en la guerra (Palacio Lis, 1982). Se pensó, incluso, en la supresión de la asignatura, aunque terminó imperando el criterio de promover otro tipo de historia que, en vez de inducir a la rivalidad internacional y al militarismo, estimulara la colaboración, lo que pasaba por primar las contribuciones de cada país al progreso general. En España se publicaron varios trabajos con estas ideas, como en 1932 *El espíritu internacional y la enseñanza de la historia*, que recogía intervenciones del congreso de educación moral celebrado en 1922.[20] Sin rechazar frontalmente la idea de una satisfacción patriótica, Deleito, que también había escrito sobre ello en *El Mercantil Valenciano*, comulgaba en clase con estos planteamientos: aunque el recurso a la historia, como a la geografía, se manifestaba necesario para conocer el propio país y admirarlo, la deriva exaltada y revanchista, especialmente visible en la Alemania prebélica, conducía a una verdadera desnaturalización de la realidad e intensificaba el odio a otras naciones. Con

19. Quintana (1993), Egido (2006), Peña González (2009).

20. Argumentos muy similares aparecen en obras sobre enseñanza de la historia (Verniers, 1933; Altamira, introd., 1934; Altamira, 1935), en algún manual de pedagogía (Tomás y Samper, 1931: 164-166) y en libros escolares (González Linacero, 1933 y 1934; García Martínez-Medina Bravo, 1934).

cita de Altamira como fiel representante del espíritu de Ginebra, proponía una historia serena, sin «manuales patrioteros», donde imperara un espíritu internacionalista que contuviera aquellos impulsos agresivos. También su otro gran mentor, Sales y Ferré, fallecido en 1910, se había mostrado decididamente pacifista al criticar la carrera armamentística durante sus últimos años (Siles y Flecha, 2011: 22).

A modo de conclusión y epílogo. El laicismo de José Deleito

En un fragmento de carta reproducido por Gallardo Fernández (2005: 44), un viejo amigo, Martínez Ferrando, se dirige a Deleito calificándolo como personaje de un mundo en extinción, con rasgos ya difíciles de encontrar. Aquella impresión nostálgica sobre su personalidad no debe hacer pensar en un individuo impertérrito e inmune a los cambios. Abierto a las posibilidades de innovación sin esnobismo, seguidor de tradiciones sin aferrarse al pasado, Deleito mantiene en el tiempo una marcada coherencia personal, profesional e ideológica, sin que falten inevitablemente algunas contradicciones, en parte por la distancia entre lo que percibía y lo que anhelaba. Si bien omitía algunas cuestiones ideológicamente más conflictivas, solía pronunciarse en sus clases sin titubeos y respetando a quienes caminaban por otras sendas, aunque no dejara de utilizar la ironía y cierto tono descalificador en algunas acusaciones más genéricas e impersonales.

Por su sustancia temática, las clases de 1935-36 no permiten establecer demasiados paralelismos específicos con su investigación, aunque se manifiestan en ambos espacios su interés en las «mentalidades», su rechazo de la superstición y de los «modos» absolutistas, su crítica a los privilegios sociales, su confianza en las reformas y su apelación integradora a través del concepto «pueblo». En sus lecciones, como en prensa, conferencias y publicaciones, defiende como Altamira la síntesis histórica frente a la mera acumulación de datos. En la línea institucionista de valoración del conocimiento, atribuye a la historia un papel en la formación de seres críticos, avezados, demócratas, profesionales y espiritualmente enriquecidos, aunque apunta asimismo su riesgo para alimentar caminos capciosos y éticamente reprobables para lograr el éxito. Como en prensa, donde a veces se muestra más expresivo, lamenta en el aula un patriotismo primario basado en sensaciones de agravio y alardes de resarcimiento y grandeza mediante la fuerza militar. Como la Sociedad de Naciones y una vez más Altamira, clama por una paz mundial a la que la historia podía contribuir evocando formas de colaboración y aportaciones al progreso general.

El talante respetuoso de Deleito y su interés en afrontar la realidad histórica y presente sin prejuicios aflora nítido desde su laicidad en sus referencias a los católicos. Más allá del evidente protagonismo histórico de la Iglesia como motivo, sus frecuentes alusiones en clase a este segmento y a sus ideas se entienden también en una etapa en que las políticas religiosa y educativa despertaron virulentas polémicas no desconectadas de otros aspectos ideológicos (Moreno Seco, 2003; Ostolaza, 2009). Bajo su contemplación como unos actores más en el escenario social y político, Deleito enfoca a estos sectores y sus pensamientos con su habitual sentido analítico y crítico, lo que desemboca en valoraciones históricas y actuales diversas. Rechaza las explicaciones providencialistas, relaciona prácticas rituales católicas con costumbres ancestrales, recuerda en alguna ocasión la falta de compromiso de la Iglesia con el pacifismo internacional de la Sociedad de Naciones, y sitúa la religión, con el patriotismo, como fuerza impulsora de leyendas y mitos falsos, como lo relacionado con el voto de Santiago y las apariciones de la Virgen. A la vez, bajo su punto de partida en la observación desprovista lo más posible de prejuicios, alude al éxito del ideal cristiano dentro de la sociedad romana pagana, detecta etapas medievales donde el papado habría ganado prestigio como instrumento de paz, ve en *La Divina Comedia* un medio idóneo para conocer la sociedad cristiana medieval, valora el papel innovador de Feijoo y Masdeu en el cultivo de la historia («pese a que por sus hábitos parece que debían pensar lo contrario») y evoca leyendas e informaciones falsas tejidas contra católicos, como las acusaciones de propagación del cólera que indujeron a la matanza de frailes en Madrid en 1834. En alusión a tensiones recientes, habla de «tirios y troyanos» cuando contrapone a masones y jesuitas, aunque lamenta en otra ocasión que los católicos apliquen contra aquellos la misma arma de difamación antes erguida contra ellos.

De su escasa receptividad al mensaje redentor del cristianismo como solución terrenal había dejado buena prueba en sus conclusiones en *El sentimiento de tristeza*…, donde rechazaba las explicaciones católicas de la angustia contemporánea por la pérdida de fe, que hacían cifrar la solución en su retorno. Además de confiar en las teorías humanitarias y en leyes equitativas a favor de las clases desheredadas, Deleito defendía entonces la importancia de tener un ideal personal que neutralizara el escepticismo, y presentaba ejemplos muy diversos, aunque circunscritos en lo ideológico a los límites que marcaba su orientación liberal-reformista.

Bibliografía

ALBEROLA, Armando (Ed.) (1987). *Estudios sobre Rafael Altamira*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.

ALTAMIRA, Rafael (1934). *Manual de historia de España*. Madrid: Aguilar.

ALTAMIRA, Rafael (1935). *Cuestiones modernas de historia*. Madrid: Aguilar, 2.ª ed.

ALTAMIRA, Rafael (1997). *La enseñanza de la historia*. Madrid: Akal. 1.ª edición de esta versión en 1895.

ALTAMIRA, Rafael (2001). *Historia de España y de la civilización española*. Barcelona: Crítica, 2 vols. 1.ª edición entre 1900-1911.

ALTAMIRA, Rafael (introd.) (1934). *La enseñanza de la historia en las escuelas*. Madrid: Museo Pedagógico Nacional.

ASÍN, Rafael (1997). Estudio preliminar. En ALTAMIRA, Rafael (1997). *La enseñanza de la historia…*, 13-78.

AUBERT, Paul (1987): Los intelectuales en el poder (1931-33). Del constitucionalismo a la Constitución. En GARCÍA DELGADO, José Luis (Ed.). *La II República española: el primer bienio* (169-231). Madrid: Siglo XXI.

AUBERT, Paul (2000). Los intelectuales y la segunda república. *Ayer*, *40*, 105-133. <http://revistaayer.com/sites/default/files/articulos/40-5-ayer40_NacimientoIntelectualesEspana_Serrano.pdf>

BALDÓ, Marc (1997). La Facultat de Filosofia i Lletres de València, 1857-1977. *Saitabi*, *47*, 21-87. <http://roderic.uv.es/handle/10550/27139>

BURRIEL, Eugenio (2004). La base formativa común en la enseñanza universitaria de la geografía en España. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, *38*, 47-71. <https://bage.age-geografia.es/ojs/index.php/bage/article/view/481/452>

CÁLIZ, Jessica (2014). La renovación biográfica de las «Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX». *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, *32*, 125-138. <http://dx.doi.org/10.5209/rev_DICE.2014.v32.44630>

CASAS, José Luis; DURÁN, Francisco (Eds.) (2009). *1931-1936: De la república democrática a la sublevación militar. IV Congreso sobre republicanismo*. Córdoba: Diputación de Córdoba, Universidad de Córdoba y Patronato Niceto Alcalá-Zamora.

CIGES APARICIO, Manuel (1932). *España bajo la dinastía de los Borbones*. Madrid: M. Aguilar.

CONTRERAS, Juan de (1939). *Los orígenes del Imperio. La España de Fernando e Isabel*. Madrid: Biblioteca Nueva.

CRUZ, Rafael (2009). Los intelectuales y la República. En CASAS, José Luis; DURÁN, Francisco (Eds.). *De la república democrática…*, 125-140.

CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y ARQUEÓLOGOS (1934-1935). *Anuarios del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*. Madrid, 3 vols.

DAVIS, J. C.; BURDIEL, Isabel (2005). Introducción. En DAVIS, J. C.; BURDIEL, Isabel (Eds.). *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)* (11-29). Valencia: Universitat de València.

DELEITO, José (1911). *Fernando VII en Valencia el año 1814. Agasajos de la ciudad. Preparativos para un golpe de estado*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.

DELEITO, José (1918). *La enseñanza de la historia en la universidad española y su posible reforma. Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1918 a 1919 en la Universidad Literaria de Valencia*. Valencia: Tipografía Moderna.

DELEITO, José (1922). *El sentimiento de tristeza en la literatura contemporánea*. Barcelona: Minerva.

DELEITO, José (1930). Quelques données sur l'historiographie en Espagne de 1900 à 1930 du point de vue de la synthèse. *Revue de Synthèse Historique*, *50*, 29-49.

DELEITO, José (1934). Cultura contemporánea. En *Historia universal, vol. V* (185-256). Barcelona: Instituto Gallach.

DELEITO, José (1935). *El rey se divierte (Recuerdos de hace tres siglos)*. Madrid: Espasa-Calpe.

DELEITO, José (1937). Primer golpe de Estado contra el régimen constitucional en España (Valencia, 1814). *Anales de la Universidad de Valencia*, *segunda época*.

DELEITO, José (1951). *La mala vida en la España de Felipe IV*. Madrid: Espasa-Calpe, 2.ª ed. (1.ª en 1948).

DELEITO, José (1952). *La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe. Santos y pecadores*. Madrid: Espasa-Calpe.

DELEITO, José (1953). *Sólo Madrid es Corte (La capital de dos mundos bajo Felipe IV)*. Madrid: Espasa-Calpe, 2.ª ed. (1.ª en 1942).

DELEITO, José (1954). *La mujer, la casa y la moda (en la España del rey poeta)*. Madrid: Espasa-Calpe, 2.ª ed. (1.ª en 1946).

DELEITO, José (1954). *…También se divierte el pueblo (Recuerdos de hace tres siglos)*. Madrid: Espasa-Calpe, 2.ª ed. (1.ª en 1944).

DELEITO, José (1966). *El declinar de la monarquía española*. Madrid: Espasa-Calpe, 4.ª ed. (1.ª en 1928).

DEL POZO, M.ª del Mar (2008). Educación para la ciudadanía democrática en la Segunda República: un intento de construcción de la identidad nacional desde la escuela. *Historia de la Educación*, *27*, 105-135.

DILTHEY, Wilhelm (1978). *El mundo histórico*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio (1973). Los gastos de corte en la España del siglo XVII. En DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. *Crisis y decadencia de la España de los Austrias* (73-96). Barcelona: Ariel, 3.ª ed. (1.ª edición del texto en 1967, en *Homenaje a Jaime Vicens Vives, vol. II*. Barcelona: Universidad de Barcelona).

DUARTE, Olga (2015). *La enseñanza de la Historia en la educación secundaria: innovación, cambio y continuidad* (Tesis doctoral). Universidad de Sevilla. <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/30778>

EGIDO, Ángeles (2006). Pacifismo y europeísmo. En EGIDO, Ángeles (Ed.). *Memoria de la Segunda República. Mito y realidad* (245-269). Madrid: Biblioteca Nueva.

ESCOLAR, Hipólito (1987). *La cultura durante la guerra civil*. Madrid: Alhambra.

GALLARDO FERNÁNDEZ, Isabel M. (1989). *Un krauso-institucionista de última hora. José Deleito y Piñuela. Vida, obra y pensamiento* (Tesis doctoral). Universitat de València. http://hdl.handle.net/10550/38800

GALLARDO FERNÁNDEZ, Isabel M. (2005). *José Deleito y Piñuela y la renovación de la Historia en España. Antología de textos*. Valencia: Universitat de València.

GARCÍA DE VALDEAVELLANO, Luis (1932). *El mercado. Apuntes para su estudio en León y Castilla durante la Edad Media*. Madrid: Tipografía de Archivos.

GARCÍA MARTÍNEZ, Eladio; MEDINA BRAVO, Modesto (1934). *Historia de España*. Madrid: Espasa-Calpe.

GÓMEZ HERRÁEZ, José María (2007). *El pasado cambiante. Historiografía y capitalismo, siglos XIX-XX*. Valencia: Universitat de València.

GÓMEZ HERRÁEZ, José María (2010). *Ideologías e intereses sociales bajo el franquismo (1939-1975). El recurso al pasado*. Castellón: Universitat Jaume I.

GONZÁLEZ LINACERO, Daniel (1933). *Mi primer libro de historia*. Palencia: Afrodisio Aguado.

GONZÁLEZ LINACERO, Daniel (1934). *Historia. Mi segundo libro*. Palencia: Afrodisio Aguado.

HERRERO MIGUEL, A. (1934). *Historia de la civilización*. Barcelona: Ramón Sopena.

HUIZINGA, Johan (1934). *Sobre el estado actual de la ciencia histórica. Cuatro conferencias*. Madrid: Revista de Occidente.

INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN DE GINEBRA (1932). *El espíritu internacional y la enseñanza de la historia. Estudios presentados al tercer congreso internacional de educación moral* (1922). Madrid: Espasa-Calpe.

INSTITUTO GALLACH (1931-34). *Historia universal*. Barcelona, 6 vols.

INSTITUTO GALLACH (1934-37). *Historia de España*. Barcelona, 5 vols.

JIMÉNEZ-LANDI, Antonio (1996). *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. vol. IV. Periodo de expansión influyente*. Madrid: Ministerio de Educación y Cultura.

LADERO, Miguel Ángel (2012). La primera madurez de los estudios históricos en España. 1900-1936. *En la España medieval*, *35*, 413-434. <https://doi.org/10.5209/rev_ELEM.2012.v35.38915>

LAVISSE, Ernest y otros (1934). *La enseñanza de la historia*. Madrid: Espasa-Calpe, 3.ª ed.

LÓPEZ SÁNCHEZ, José María (2006). *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*. Madrid: Marcial Pons y CSIC.

MAINER, Juan (2009). *La forja de un campo profesional. Pedagogía y didáctica de las ciencias sociales en España (1900-1970)*. Madrid: CSIC.

MANCEBO, M.ª Fernanda (1994). *La Universidad de Valencia. De la monarquía a la República (1919-1939)*. Valencia y Alicante: Universitat de València e Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.

MARAÑÓN, Gregorio (1936). *El Conde-Duque de Olivares. La pasión de mandar*. Madrid: Espasa-Calpe.

MARTÍNEZ RUS, Ana (2003). *La política del libro durante la Segunda República. Socialización de la lectura*. Gijón: Trea.

MAURICE, Jacques (2010). Juan Díaz del Moral (1870-1948): historia social y reforma agraria. *Historia Agraria*, *50*, 43-63.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1929). *La España del Cid*. Madrid: Plutarco, 2 vols.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (Dir.) (1935). *Historia de España, II. España romana*. Madrid: Espasa-Calpe.

MORENO SECO, Mónica (2003). La política religiosa y la educación laica en la segunda república. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, *2*, 83-106. <https://doi.org/10.14198/PASADO2003.2>

NAVARRO, F. Javier (2004). *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano (1931-1939)*. Valencia: Universitat de València.

OSTOLAZA, Maitane (2009). La «guerra escolar» y la movilización de los católicos en la II República (1931-1936). En DE LA CUEVA, Julio; MONTERO, Feliciano (Eds.). *Laicismo y catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República* (321-350). Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.

OTS CAPDEQUÍ, José María (1934). Las instituciones económicas hispanoamericanas del periodo colonial. *Anuario de Historia del Derecho Español*, *vol. IX*, 211-281.

PALACIO LIS, Irene (1982). *Moral, pacifismo e historia. Implicaciones educativas en una Europa en crisis, 1900-1930*. Valencia: Universitat de València.

PASAMAR, Gonzalo (1991). *Historiografía e ideología en la posguerra española. La ruptura de la tradición liberal*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

PASAMAR, Gonzalo (2000). *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*. Madrid: Síntesis.

PEÑA GONZÁLEZ, José (2009). El intervencionismo pacifista de la Constitución de 1931. En CASAS, José Luis; DURÁN, Francisco (Eds.). *De la república democrática…*, 629-648.

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (1999). Sobre el esplendor y la pluralidad de la historiografía española…». En DE LA GRANJA, José Luis; REIG TAPIA, Alberto;

MIRALLES, Ricardo (Eds.). *Tuñón de Lara y la historiografía contemporánea* (335-354). Madrid: Siglo XXI.

PÉREZ URRUTI, Manuel (1933). *Historia del comercio mundial*. Madrid: Aguilar.

PIJOAN, José (1926). *Historia del mundo*, *vol. 1*. Barcelona: Salvat.

PUGÉS, Manuel (1931). *Cómo triunfó el proteccionismo en España (la formación de la política arancelaria en España)*. Barcelona: Juventud.

QUINTANA, Francisco (1993). *España en Europa, 1931-1936. Del compromiso por la paz a la huida de la guerra*. Madrid: Nerea.

RÉPIDE, Pedro de (1932). *Isabel II, reina de España*. Madrid: Espasa-Calpe, 2.ª ed.

REY CASTELAO, Ofelia (2010). Las bases demográficas, económicas y sociales del Imperio. Una reflexión bibliográfica. En GARCÍA HERNÁN, David (Ed.). *La historia sin complejos. La nueva visión del imperio español (estudios en honor de John H. Elliott)* (19-69). Madrid: Actas.

ROBLEDO, Ricardo (2019). El trienio bolchevique de Díaz del Moral: conflictividad y reformismo agrario. *Documento de trabajo-SEHA 1901*. <http://repositori.uji.es/xmlui/bitstream/handle/10234/182487/DT-SEHA%201901.pdf?sequence=3&isAllowed=y>

RODRÍGUEZ FISCHER, Ana (1991). Un proyecto de Ortega y Gasset: la colección «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX». *Scriptura*, *6-7*, 133-144. <http://hdl.handle.net/10459.1/43839>

RUIZ TORRES, Pedro (Ed.) (2000). *Discursos sobre la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937)*. Valencia: Universitat de València.

SÁEZ MARTÍNEZ, Begoña (2016). El historiador ante la tristeza moderna: las aportaciones de José Deleito y Piñuela a los estudios literarios. *Saitabi*, *66,* 187-203. <https://ojs.uv.es/index.php/saitabi/article/view/9676>

SAITABI. ANUARIO 1950-51. Homenaje a Don José Deleito y Piñuela. En *Tomo VIII, 35-38*, 225-254.

SAN JOSÉ, Diego (1929). *La corte del rey galán. Breviario histórico-anecdótico del reinado de Felipe IV*. Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.

SANTONJA, Gonzalo (1989). *La República de los libros. El nuevo libro popular de la II República*. Barcelona: Anthropos.

SILES, Gregori; FLECHA, Ramón (2011). Recordant Manuel Sales i Ferré: pensament i obra intel·lectual. *Raïls, 17*, 7-29. www.raco.cat/index.php/Rails/article/view/244054

TOMÁS Y SAMPER, Rodolfo (1931): *Apuntes de pedagogía*. Madrid: Instituto Samper.

TUÑÓN DE LARA, Manuel (1982). *Medio siglo de cultura (1885-1936)*. Barcelona: Bruguera.

VALLS MONTÉS, Rafael (2018). La Institución Libre de Enseñanza y la educación histórica: Rafael Ballester y la renovación historiográfica y didáctica españolas de inicios del siglo XX. *Historia de la Educación*, *31*, 231-256.

VERNIERS, Louis (1933). *Metodología de la historia*. Madrid: Publicaciones de la Revista de Pedagogía.